



No cabe dar por finalizado el proceso revolucionario en Latinoamérica, pero en el caminar se impone una nueva orientación, un nuevo estilo que el meramente guerrillero. Dentro de él, las teorías castristas tendrán un lugar más o menos importante, pero en modo alguno exclusivo.

El fracaso de la guerrilla en Latinoamérica

Teófilo Ruiz Fernández

REGIS Débray —un «clásico» en el estudio de la Revolución latinoamericana— publicaba en 1965 su trabajo titulado «El castriismo: la larga marcha de América Latina». En esta obra, el autor afirma la viabilidad del «modelo» en el resto de los países del subcontinente. También lo habían entendido de este modo los diversos combatientes que se lanzaron al campo para emprender la lucha revolucionaria. Los resultados no han podido ser más desalentadores: el «modelo» que tan buenos resultados diera en Cuba, ha sido un rotundo fracaso en los demás intentos posteriores. El propio Débray afirmaba en su obra «¿Revolución en la revolución?» que «de la Revolución Cubana se ignora hasta el abecé». Esto es completamente cierto.

PARTICULARIDADES DE LA REVOLUCION CUBANA

El triunfo del «castrismo» en Cuba no se debió a la aventura afortunada de un puñado de revolucionarios que se lanzaron al campo para combatir a un régimen tiránico y, tras un período relativamente corto de lucha, lograron el poder. La revolución cubana tiene, es cierto, una gran carga de originalidad en su desarrollo, pero no eludió las formas «clásicas» de la revolución. La participación de la burguesía, aunque no se la mencione, es innegable y de ella procedía, en su mayor parte, el grupo revolucionario. A Batista no le derribó únicamente el castrismo, aunque nadie pueda discutirle el mérito de ser el conductor de todas las fuerzas contrarias a la dictadura. Hubo un cúmulo de circunstancias favorables que precipitaron el triunfo de los rebeldes.

Aquí se revela uno de los aspectos comunes a todas las revoluciones triunfantes: un grupo, con inspiración política propia, controla la situación y se hace con el poder, en perjuicio de las demás clases sociales. Esto también ocurre en Cuba, pero de manera totalmente original. La ideología de los rebeldes es revolucionaria en cuanto que son decididos partidarios de cambiar el injusto orden social de Cuba. Pero su reformismo, momentáneamente, no va más allá. No obstante, la miopía y brutalidad de la política yanqui obligan a los conductores de la revolución a buscar nuevos amigos. Aquí aparece la Unión Soviética, y Fidel Castro hace profesión de fe marxista - leninista. Se daba el

caso curioso de que el Partido Comunista de Cuba no había colaborado con los rebeldes y éstos no habían obtenido ningún tipo de ayuda seria de los diversos PP. CC. del mundo.

La espontaneidad revolucionaria decrecía y el burocratismo aumentaba. Este fenómeno es también común en todas las revoluciones triunfantes: el aparato del Partido se impone sobre los individuos. Pero el triunfo del castrismo y sus métodos eran incuestionables y, por lo tanto, las ideas de imitación del «modelo» se presentaban como lógicas. Por consiguiente, los diversos grupos revolucionarios latinoamericanos se dispusieron a realizar su «larga marcha», teniendo al castrismo como principal inspirador.

El discurrir de la «Larga marcha» latinoamericana no puede ser más negativo: hasta ahora no se ha producido ni un solo triunfo guerrillero.

BALANCE DE LA LARGA MARCHA

En el desarrollo de la lucha armada en América Latina, a partir de la revolución cubana, Richard Gott distingue tres períodos en su obra «La guerrilla en América Latina»:

El primer período se extiende desde 1959 hasta 1961: los movimientos guerrilleros son debidos al entusiasmo de la juventud estudiantil, que toma a Cuba como ejemplo para instaurar la justicia social.

El segundo período abarca los años comprendidos entre 1962 y 1965: los diversos PP. CC. del



Es cierto que la revolución cubana posee en su desarrollo una gran carga de originalidad, pero tampoco lo es menos que no eludió las formas «clásicas» revolucionarias. Y hubo un cúmulo de circunstancias favorables que precipitaron el triunfo de los rebeldes. (La foto recoge una sala del Museo de la Revolución existente en La Habana).

subcontinente toman la dirección de la lucha, pero también fracasan en sus esfuerzos.

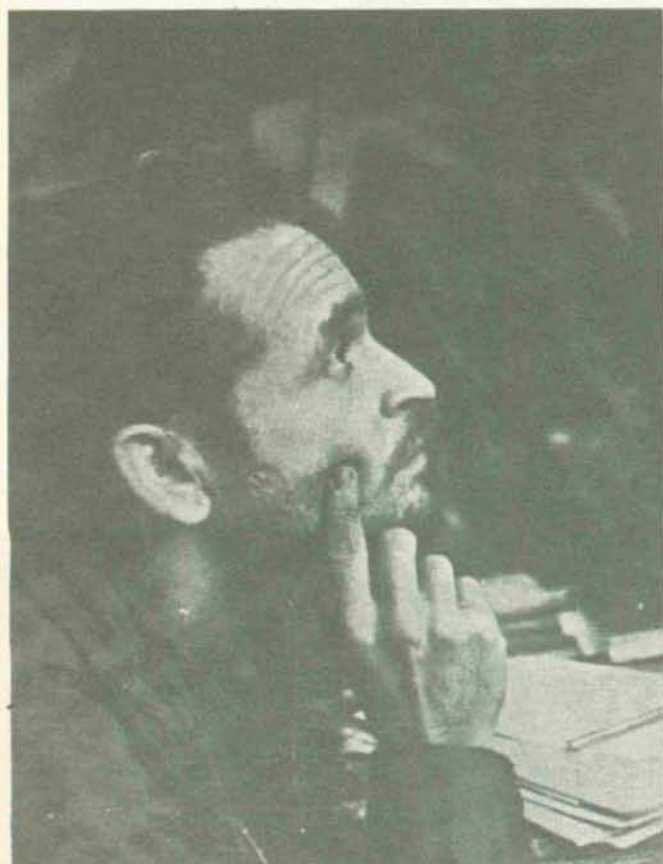
El tercer período se establece a partir de la celebración de la Conferencia Tricontinental de La Habana, enero de 1966: los PP. CC. abandonan las guerrillas ante la nueva orientación de la política soviética de relaciones comerciales con U. S. A. El impulso guerrillero se va debilitando hasta casi desaparecer como factor de importancia.

Los fracasos han sido numerosos, pero sólo haremos mención a los que consideramos como más significativos.

En 1959 se inicia el primer intento de imitación del castrismo: en la provincia argentina de Tucumán aparece el movimiento guerrillero de los «Uturuncos», que agrupaba a una cierta cantidad de peronistas de izquierda. Este intento de «foco» se traduce en el primer fracaso.

En los últimos días del mes de noviembre de 1959 es eliminado, en Paraguay, el grupo guerrillero «14 de Mayo». La columna estaba constituida por jóvenes pertenecientes a la Juventud Febrerista y disidentes del P. C.

En 1961 se produce el aniquilamiento del denominado Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (M. O. E. C.) por las fuerzas de re-



Las guerrillas venezolanas instaladas en los estados de Lara y Falcón desde 1963, encontraron un magnífico comandante en Douglas Bravo —sobre estas líneas—, pero el tiempo las fue debilitando y terminaron por perder la importancia que se les atribuyó.

presión colombianas. Los dirigentes guerrilleros Antonio Larotta y Federico Arango caen asesinados.

En 1962 se produce la desaparición de las Ligas Campesinas que había fundado Francisco Juliao, en el noroeste brasileño.

En 1963 el grupo de guerrilleros dominicanos, encabezados por Manuel Tavares, es prácticamente exterminado por las fuerzas trujillistas, al intentar la creación de un «foco» para combatir al dictador.

En este mismo año de 1963, se produce uno de los más graves reveses que los revolucionarios latinoamericanos han sufrido: el Ejército Guerrillero del Pueblo, que se preparaba activamente en las provincias argentinas de Salta y Jujuy, es desarticulado y sus campos de entrenamiento son ocupados.

También en 1963 se produce un fracaso de la guerrilla peruana, del que no logró reponerse: Hugo Blanco es capturado. Dos años antes había organizado un grupo guerrillero en el valle de la Convención, pero la falta de apoyo y armamento adecuado fueron sus enemigos principales.

Las guerrillas venezolanas instaladas en los estados de Lara y Falcón, en 1963, encontraron un magnífico comandante en Douglas Bravo, pero el tiempo las fue debilitando y terminaron por perder la importancia que en principio se les atribuyó.

Colombia ha sido durante los últimos años donde la guerrilla tuvo sus pocos días de éxito, aunque éste haya sido efímero. Los grupos de Vázquez Castaños y Lara Parada no han podido resistir el empuje del Ejército. La inclusión del sacerdote español Domingo Laín se reveló tan inútil como la de Camilo Torres.

La muestra final se encuentra en el fallido intento de Francisco Caamaño para establecer un «foco» guerrillero en Santo Domingo.

El fracaso del E. L. N. boliviano y la muerte del «Ché» son el más duro revés que la guerrilla ha sufrido, pero el problema de analizar este intento es merecedor de un trabajo mucho más extenso y ya hay una gran bibliografía sobre ello.

EL PORQUE DE LOS FRACASOS

Las razones de los fracasos anteriormente reseñados son complejas. Si fácilmente se entiende que los movimientos encabezados por estudiantes estaban condenados a desaparecer, los intentos posteriores fueron mejor preparados. Ante esta interminable lista de derrotas, cabe preguntarse si el castrismo puede ser la larga marcha de América Latina. A juz-



Colombia ha sido en los últimos años el país latinoamericano donde la guerrilla tuvo sus mayores éxitos, malogrados finalmente por la superioridad material del Ejército. La inclusión del sacerdote español Domingo Laín (segundo por la izquierda en la imagen) no alteró la situación.

gar por los resultados, podría afirmarse rotundamente que no, que el modelo es ineficaz, que se trata de «una excepción histórica». Este juicio nos parece prematuro, aunque no carente de razón y viene abonado por los contactos entre el Gobierno cubano, los yanquis y la O. E. A. Pero que Cuba «haya renunciado» al castrismo, no quiere decir que esta ideología quede invalidada. Hay en ella un gran contenido revolucionario y unas grandes enseñanzas que todo combatiente latinoamericano debe tener presente. Pero un error garrafal es —a nuestro juicio— pretender que el caso cubano se repita exactamente igual en todos los países. Las condiciones, tanto objetivas como subjetivas, son muy diferentes.

Un factor principal ha cambiado: el Ejército —fuerza social a vencer— no ha estado nunca en el grado de descomposición en que se encontraba bajo Batista. Ha sufrido una transformación y una modernización que se ha empleado con eficacia para reprimir los intentos de crear «focos».

Por otra parte, los grupos guerrilleros parecen no haber entendido las diversas enseñanzas que dio la lucha y que están recogidas por Débray en «El castrismo: la larga marcha de América Latina». También el trabajo de Héctor Béjar —miembro del grupo guerrillero de

Luis de la Puente Uceda, que fue aniquilado en 1965— viene a esclarecer ciertos puntos.

En su obra —premio Casa de las Américas, 1969—, Béjar afirma que la lucha armada debe continuar, ya que es el único medio para liberarse de la opresión. Los fracasos sufridos demuestran que hay que corregir concepciones y adaptarse a las nuevas necesidades. Añade también que «la decisión de combatir no basta para hacer de un hombre un guerrillero. Muchos compañeros, que pudieron ser excelentes cuadros de la resistencia urbana o de la red de enlace, fueron llevados al campo por una determinación heroica, pero no pudieron rendir físicamente, a pesar de su férrea voluntad. Sin quererlo se convirtieron en un lastre para otros compañeros más eficaces y para la guerrilla en su conjunto. Una selección más fría y pragmática del personal, hubiera permitido a las organizaciones contar con mejores equipos de combate».

Los diversos fracasos de las insurrecciones militares con carácter revolucionario, Débray los apunta hacia «los extraños discípulos de Blanqui», y rápidamente empareja a Fidel con Lenin, alejándolo del blanquismo. No obstante, el asalto al fuerte Moncada está mucho más próximo a la teoría blanquista que a cualquier otra forma de lucha. Su idea de precipitar la



El líder rebelde dominicano Francisco Caamaño —al que vemos, de frente, saludando con el brazo extendido durante una concentración celebrada en el Parque de la Independencia, de Santo Domingo— fracasó en su intento de establecer un «foco» guerrillero en su país con el fin de derrocar al régimen existente.

Revolución con un «golpe de mano» es blanquismo, mucho antes que leninismo. Pero la diferencia es esencial: Blanqui jamás aprendió nada de sus errores: Fidel, muy al contrario, supo extraer las enseñanzas necesarias para obtener el triunfo.

LA REACCION

Desde el mismo instante en que «el Gran Protector de la Democracia en el mundo» se dio cuenta de que los rebeldes barbudos no eran simples títeres corruptos, se hizo la firme promesa de que el ejemplo no volvería a repetirse y se dispuso a tomar sus medidas que, hasta ahora, han sido de lo más efectivas.

El Departamento de Estado y el Pentágono se prepararon para estudiar la estrategia a seguir contra cualquier nuevo intento de gobierno revolucionario. Por un lado, se decidió el bloqueo de Cuba, y por otro, el estudio de las tácticas de la lucha de guerrillas. Estas dos medidas habrían de revelarse como funestas en el desarrollo de la lucha revolucionaria en América Latina.

Cuba quedaba aislada en grave situación económica. Las tácticas de la «contrainsurgencia» hacían su aparición.

Los guerrilleros contaron con la sorpresa, la

adaptación al medio y un armamento ligero para emprender acciones de hostigamiento y retroceso en breve tiempo.

Pero estas ventajas de la guerrilla —anunciadas ya por Sun Wu en el año 500 a. de C.— han sido igualadas, cuando no superadas, en la mayoría de los casos por las fuerzas especiales creadas para combatir los «focos».

Los «boinas verdes» reciben un entrenamiento igual o superior al que pueda recibir un guerrillero, y disponen de mejor armamento y mayor cobertura de apoyo.

Los medios tecnológicos juegan un papel muy importante en la detección de contingentes guerrilleros, de forma que la aviación puede fotografiar una zona importante de selva tan bien como el mejor guía.

La sorpresa, la rapidez, el conocimiento del terreno, el entrenamiento de los hombres, son cosas que están al alcance de las fuerzas de la «contrainsurgencia».

Las consideraciones anteriores no quieren decir que el método de guerra de guerrillas quede invalidado. Los ejemplos de Laos, Vietnam o Camboya demostraron plenamente su eficacia, aunque en estas zonas la lucha tuvo otras formas.

ALGUNAS CONDICIONES MINIMAS

Las consideraciones anteriores nos llevan a sacar como consecuencia que en América Latina se ha supervalorado el papel de la guerrilla, en la mayoría de los casos.

De tanto estudiar a Guevara se han olvidado sus enseñanzas. Si, por un lado, señalaba que un grupo guerrillero puede crear las «condiciones objetivas» partiendo de posiciones totalmente adversas; por otro, señaló que allí «donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica». Es éste el caso de varios países latinoamericanos.

Pero no se trata de que exista o no una apariencia de realidad revolucionaria, sino que las fuerzas guerrilleras deben ser la justa interpretación de un estado mental, más o menos patente, de un sector considerable de la población. En caso contrario, la guerrilla muere o languidece, pues es fácil presa de la reacción.

Sin el apoyo de un sector de la población que sienta una necesidad de cambio, de la forma que sea, no se puede mantener un «foco», y la necesaria transformación de la guerra de gue-

rrillas en guerra popular no se puede llevar a cabo.

Los ejemplos de Vietnam fueron bien elocuentes: los grupos guerrilleros se transformaron rápidamente en Ejército popular, con la consiguiente afirmación de la lucha revolucionaria. Esta idea viene plasmada por el creador del Ejército de Vietnam del Norte, Vo Nguyen Giap, en su obra «Guerra del pueblo, Ejército del pueblo».

LA GUERRILLA URBANA

Se ha querido realizar la revolución por otros métodos y se ha recurrido a la guerrilla urbana. El fracaso ha sido de nuevo el saldo de estas experiencias. Caracas y Montevideo fueron los mejores ejemplos.

Antonio Mercader y Jorge de Vera, en su obra «Tupamaros: estrategia y acción», nos señalan el pobre balance que la guerrilla urbana ha obtenido en su lucha por la toma del poder.

Nuevamente, surge la incógnita. Estos métodos han triunfado —siguen triunfando o se

mantienen— en otras zonas del mundo. Los grupos del Vietcong que actuaban en las ciudades de Vietnam del Sur, el I. R. A. o la E. O. K. A. demostraron que estos métodos sirven. Pero hay que considerar que en ninguno de los casos las circunstancias y motivaciones son iguales. En ningún país de América Latina entra en juego el nacionalismo y mucho menos el sentimiento religioso. El factor principal es la lucha de clases.

Los Tupamaros desarrollaron durante cierto tiempo una fuerte presión sobre las autoridades uruguayas, pero la intervención decidida del Ejército terminó por descabezar el movimiento guerrillero.

En Buenos Aires emprendieron la lucha urbana los miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo, pero su acción se limitó a crear un estado de terror que en gran medida les perjudicaba. Su ola de atentados personales tampoco resolvió nada.

Hay que señalar que la coordinación de la acción guerrillera en el campo y en la ciudad



Escenario de frecuentes luchas guerrilleras (un instante de las cuales registra la fotografía). Bolivia no ha visto el triunfo de ninguna de ellas. Allí murió el Che, allí se ejercitaron las tropas antiguerrilla y allí pervive un régimen autocrático al servicio de la oligarquía nacional y del capitalismo americano y alemán.

no se ha llevado a cabo, y se ha perdido así una nueva posibilidad de forzar el aparato represivo y distraerlo.

NUEVAS PERSPECTIVAS

Pensar en la actualidad que la lucha armada, en el campo o en la ciudad, es el único modo de tomar el poder en América Latina, es pensar demasiado. En este punto, el castrismo se nos muestra como llegado al fin de la larga marcha, pero sin el triunfo.

Las condiciones socioeconómicas han variado en el transcurso de los años y ya «hay» un proletariado industrial en varios países.

El mejor ejemplo lo hemos tenido en la C. G. T. argentina, de obediencia peronista, que viene a demostrar la escasa penetración de las ideas izquierdistas en el proletariado latinoamericano: la principal y mejor organizada agrupación de obreros de todo el continente es, a la vez que la más combativa, la menos revolucionaria.

El otro factor fundamental que se plantea es el reformismo que los diversos gobiernos han emprendido como contrapeso a la influencia castrista: los ejemplos no lejanos de Panamá, Ecuador y Perú son los más importantes de destacar. En estos tres casos aparece el Ejército como factor determinante de un proceso

social en evolución y parecen demostrar que el Ejército ha decidido desligarse de la oligarquía nacional para ponerse al frente de los diversos gobiernos reformistas. Es justo señalar que en varios casos se han producido avances sociales de consideración, como sucedió en el caso de Perú. Es en esta actitud reformadora en donde el castrismo está encontrando una fórmula disolvente que le hace perder adeptos: la burguesía prefiere este estilo a las aventuras peligrosas que suponen las fórmulas revolucionarias.

Cuando se ha intentado la transformación de la sociedad por otros medios, la respuesta no ha podido ser más contundente: el ejemplo de Chile es significativo.

La lucha por el progreso social y la desaparición de las grandes injusticias que existen en la sociedad latinoamericana, lucha que en Cuba encontró su mejor expresión, no debe limitarse ya a una postura de sectarismo obcecado. Es necesario plantearse las condiciones específicas de cada país y dejarse de imitar modelos que han demostrado sobradamente su ineficacia.

A estas alturas se impone comprender que el castrismo no es, no puede ser, el único modo de conformar la «larga marcha» de América Latina. Ha llegado el momento de pasar el castrismo a la Historia del continente y ser-



Fracasados los intentos de la guerrilla campesina en todos los países de Latinoamérica excepto en Cuba, se recurrió a la guerrilla urbana por parte de las fuerzas revolucionarias. Pero el resultado tampoco ha sido positivo, siendo frecuentes escenas como ésta, en que un tupamaro uruguayo queda abatido en las calles de Montevideo.



El Ejército Revolucionario del Pueblo emprendió en Argentina la lucha guerrillera urbana: la situación inmediata fue un terror indiscriminado que, en gran medida, perjudicó a la propia organización. (Sobre estas líneas, dos de los entonces dirigentes del E. R. P.: Enrique Gorriarán Merlo (a la izquierda) y Domingo Mena).

virse de esta doctrina en lo que específicamente convenga.

Las injusticias y diferencias sociales continúan; por lo tanto, no cabe dar por finalizado el proceso revolucionario en el subcontinente, pero en el caminar se impone una nueva orientación, un nuevo estilo. Haciendo análisis de los errores y aciertos del pasado se debe continuar en la «larga marcha», en la que el castrismo tendrá un lugar más o menos importante; pero en modo alguno exclusivo.

En el contexto revolucionario latinoamericano se debe producir un intento serio de análisis de las teorías castristas, tratando de no cegarse demasiado con el fulgor que significa el triunfo de Cuba. De lo contrario, se corre el serio peligro de que el castrismo alcance la misma suerte que el justicialismo de Perón o la Alianza Popular Revolucionaria Americana (A. P. R. A.) de Haya de la Torre; la primera sirvió para entorpecer y anular el proceso de radicalización del proletariado bonaerense; y la segunda se derrumbaría sin pena ni gloria ante el reformismo militar. Y éste es un destino que el castrismo no merece. ■ T. R. F.



Un factor fundamental en el fracaso de la guerrilla latinoamericana, lo han constituido las brutales torturas sufridas por sus militantes cuando caían en poder de la Policía o del Ejército. Testimonios como éste proveniente de Uruguay dan fiel idea de la barbarie a que llegan determinados regímenes por mantenerse en el poder. Para ellos, los derechos humanos no son sino motivo continuo de burla, a la que contribuye decisivamente el imperialismo estadounidense.